

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 56.—BARCELONA 26 DE JUNIO DE 1915



Ametralladora rusa en una trinchera de Galicia

LA SITUACION ACTUAL DE LAS NACIONES BELIGERANTES

VII.—Serbia y Montenegro

A buen seguro que Serbia se allanara a las demandas austriacas y no desencadenara la guerra, si hubiera sabido lo que iba a acontecer; porque si los demás beligerantes pueden todavía acariciar las esperanzas del triunfo, el inquieto y minúsculo reino sabe ya que sus sacrificios sobrehumanos no le serán provechosos.

Serbia, apoyada y empujada por Rusia, buscó en esta guerra el premio que se le negó en la anterior: la salida al Adriático y la dominación de Albania, esto último en participación con Grecia y Montenegro; acaso también un avance a expensas de Austria y otro a costa de Bulgaria.

Las primeras victorias de los rusos en Galicia promovieron el entusiasmo en Serbia. Fué aquella la época en que los soldados serbios cruzaron la frontera y se creyeron próximos a darse la mano con sus protectores, los rusos. El fracaso de los moskovitas en Prusia oriental y Polonia, les volvió a la realidad, pero todavía dieron muestras de arrogancia cuando los austriacos evacuaron el territorio serbio con la misma celeridad y precipitación que lo habían invadido.

Las dos campañas de 1912 y 1913 y los cuatro meses de la de 1914, agotaron las energías nacionales. Todos los hombres válidos para empuñar las armas, sin distinción de edades, estaban en el ejército; los campos, mal cultivados, no rendían las cosechas nor-

males; muerta la escasa industria; paralizado el incipiente comercio; abundantes los huérfanos y las viudas, la vida nacional se interrumpió. Para colmo de infortunios, las enfermedades comenzaron a hacer estragos; demasiado necesarios eran los médicos y ambulancias en el resto de Europa, para que nadie pensara en acudir, como en 1912 y 1913, en socorro de los infelices serbios; las rutas comerciales parecían sólo abiertas para la llegada de armas y municiones, de calidad no muy recomendable, de Francia e Inglaterra. El pueblo comprendió que se deseaban y exigían sus esfuerzos militares, y que se le atendería en la medida que los pudiese prestar; las penas y los quebrantos, debía de arreglarlos y conllevarlos como mejor pudiera.

Las nuevas victorias de los alemanes sobre los rusos y la liberación de la Bukovina, fueron un golpe mortal para los serbios; aún les esperaba otro mayor: la actitud de Italia. Los servicios de esta potencia habían de ser forzosamente más útiles a los aliados que los de la exangüe Serbia; ésta rindió ya todo su fruto y quedó arrinconada y olvidada. Y el resurgimiento de Italia, significaba el veto opuesto a la marcha de los serbios hasta las costas del Adriático. La enemistad, siempre manifiesta, de Bulgaria, y la prudencia de Grecia, redondearon el cuadro: Serbia estaba perdida; aunque triunfaran los aliados, lo que recibiría sería en concepto de limosna, muy

inferior al premio que de derecho esperaba obtener.

La lección es dura, pero merecida. El débil que se entromete entre los poderosos y fuertes y pretende codearse con ellos, acaba por ser menospreciado y aplastado. Hasta sus mismos enemigos, los austriacos, la desdennan, persuadidos de que si destrozan a Rusia nada se opondrá a dictar la ley del vencido a la díscola Serbia. Padece, pues, el amor propio nacional, de este reino, en igual grado que sus energías materiales y que sus sueños de engrandecimiento. Por si esto fuera poco, Bulgaria, Rumanía y Grecia, vecinos no insignificantes, conservan la integridad de sus fuerzas. Serbia, que tanto ha hecho por los rusos, cometió el pecado político de agotarse demasiado pronto; más le valiera prescindir de aventuras guerreras, y estarse quieta arma al brazo.

El país está cansado de la guerra; sus gobernantes aceptarían con entusiasmo cualquier solución que no fuese lesiva a los intereses patrios; el ejército no puede más; la nación entera está a punto de perecer; la parte de Macedonia conquistada, se agita, descontenta; los albaneses dan señales de su osadía.

La ocupación de Valona por Italia es la cerradura que impide llegar al anhelado mar. Austria se siente cada vez más inclinada hacia los Balkanes. Bulgaria y Grecia pedirán compensaciones, que sólo el territorio serbio podrá dar. ¿Qué ventajas ha obtenido Serbia de la guerra? Siempre derrotada en los campos de batalla, los éxitos militares de 1912 y 1913 la hicieron creer que se abría una nueva época de esplendor para ella, porque no quiso convencerse de que las circunstancias favorables que la rodearon en aquellos años, se presentan muy de tarde en tarde y como cosa excepcional en el transcurso de los siglos. Se dejó deslumbrar por la llama de la gloria y se ha abrasado en la menos poética de la realidad.

Avanzada de los eslavos en el oeste de los Balkanes, el destino reserva a Serbia un porvenir poco halagüeño: los primeros choques entre la civilización oriental, representada por Rusia, y los pueblos del Adriático, cogerán en medio a Serbia, sin que ésta, más débil, consiga imponerse y ser escuchada. Pocas veces se ha dado el caso de un pueblo como éste, tan pequeño y tan rodeado de enemigos. Sería menester que fuese absorbida Rumanía, o que se extendiera Rusia por Galizia y la Transilvania, para que el futuro de Serbia fuera menos amenazador; aun entonces, desaparecería entre las fauces del coloso moscovita.

Un medio tenía Serbia a su disposición para conjurar todos los peligros y fortalecerse: promover y entrar gustosa en la confederación balcánica, base de un futuro imperio oriental. Pero los regateos de frontera a que se entregó en mayo de 1913, la volvieron a malquistar con Bulgaria. Debía haber pensado Serbia, que antes de confiar en un país lejano, Rusia, que tiene que atender a tantos problemas interiores y exteriores, le convenía fijar sus relaciones, buenas o malas, pero concretas y definidas, con sus vecinos; en lugar de obrar así, aquel país ha sido siempre enemigo implacable de los que lindaban con él. Parece inspirado en la idea de la perturbación, de la destrucción, y no en la de reconstrucción y afirmación. Juguetes e instrumento de Rusia, pare-

ce destinado a llevar la peor parte en la danza y recibir las primeras estocadas.

Olvidó, además, una eterna verdad. Antes de lanzarse a aventuras exteriores e intervenir en los negocios ajenos, era indispensable arreglar su propia casa y consolidar la existencia nacional y las fuentes propias de prosperidad. Pero Serbia se ha preocupado más, desde su separación de Turquía, de lo que acontecía al otro lado de sus fronteras que de lo que pasaba en su territorio. No es de extrañar, pues, que haya despertado tantas antipatías y enemistades; lo sorprendente sería lo contrario.

La existencia de Serbia será una amenaza perpetua para la paz en oriente, mientras la influencia eslava dirija su política. No han tenido los serbios la fortuna de poseer un Gobierno que se considerara serbio, antes que delegado y representante de los eslavos, y expiarán más o menos pronto esta desgracia; la están expiando ya.

En conclusión, Serbia ha cesado de ser un factor importante en la guerra. Continúa y seguirá siendo el foco del desasosiego en el S. E. de Europa, y un pueblo siempre dispuesto a tomar las armas contra cualquiera que no sea eslavo. En los momentos presentes, el cansancio y el agotamiento le tienen rendido, pero como el país es sobrio, consecuencia de su pobreza, no tardará en resurgir y provocará nuevos conflictos. Acaso sea la antorcha providencial que mantenga encendida la cuestión de oriente, hasta que se presente el paladín bastante fuerte y adelantado capaz de resolverla.

Todo lo que precede es aplicable a Montenegro, salvo que este país es menos impulsivo y ambicioso que el serbio. Su suerte está ligada a la de Albania. Ha de transcurrir mucho tiempo antes de que desaparezca. El día que Albania y Macedonia estén cruzadas por carreteras y ferrocarriles y florezca el comercio y la industria, cesará la vida montañesa de los montenegrinos, aislados y solitarios en sus montañas, y cambiará su régimen político. Menos refractarios que los serbios a la civilización occidental, es probable que en Montenegro se encuentren las raíces de la nación que un día ha de dominar en las costas occidentales del Adriático.

.....

VICTORIA ALEMANA CERCA DE YPRES

Lo que tras largo tiempo hemos deseado y de día en día más se acercaba, al fin se ha convertido en una verdad, al fin lo hemos logrado. Hemos atravesado el maldito canal Yser, y nos hemos establecido en la otra orilla bastante lejos del desastroso canal que nos ha llevado en el transcurso del mes tan a menudo a la desesperación. No más se debe ver el canal, no más oír la corriente del barro amarillento que nos visitaba bastante a menudo en la trinchera con que hubiese un poco viento fuerte, nos calábamos hasta la piel. Cuán a menudo dirigíamos las preces al cielo, si nosotros estando en nuestra trinchera castañeábamos los dientes en las frías noches del invierno o temblábamos de frío en las tormentosas noches de primavera. Ahora ha sido todo verdad, estamos al otro lado, tenemos a nuestros pies un pasadero terreno seco y, lo que es más

principal, hemos derrotado lastimosamente a los hermanos de la entente.

Cómo llegó todo tan repentinamente, es para mí todavía ahora un enigma, aunque ya bastantes días antes, por los diversos preparativos que no podían quedar ocultos a nosotros, hubiéramos podido ver que algo estaba en obra. Las conjeturas fueron trocadas. Las contraseñas volaban de acá para allá, pero ninguno creía que al fin la realidad debía ser cumplida.

Desde algunos días sonaron ya a la derecha de nosotros las detonaciones rodadas y continuadas de los cañones, cuya fuerza nos impulsó a ejecutar con frenesí una gran batalla. Entre nosotros todo estaba tranquilo, solamente la actividad de los pontoneros fué más grande que de ordinario. Maderos fueron proporcionados, vigas y tablonos se levantaron en nuestra cercanía, y con completo secreto expresado en sus rostros, los oficiales zapadores nos pasaron al otro lado.

¿Qué había allí en proyecto? Pero entonces lo supimos y yo debo decir que la noticia fué aceptada con un entusiasmo que a todos nos regocijó y que no se pudo olvidar. Con celoso interés fueron dispuestos los preparativos para la gran empresa, y apenas podíamos esperar todos la hora que nos traería la victoria o quizá la muerte.

Esta vez la artillería trabajó muy bien. Como un gran mar de fuego me interesó toda la posición enemiga. Incesantemente reventaban nuestras granadas sobre y en las fosas inglesas preparando allí con la destrucción un espantoso caos. No sé efectivamente cuánto tiempo duró el bombardeo, si fué corto o largo. Ciertamente ninguno de nosotros de los que estábamos en la trinchera avanzada ha visto en el reloj el tiempo que duró, pues miraban fijamente el terrible y hermoso espectáculo y no podían apartar los ojos de él. De la humareda picante que en espesas nubes penetró hasta en nuestras posiciones, nos dolían los ojos, y apenas podíamos respirar.

Sin embargo de esto, ninguno abandonó su puesto. Nosotros todos estábamos de pie y contemplando fijamente. Cuando como por encanto, de repente, nuestros cañones callaron y casi un pacífico silencio dominaba alrededor nuestro; alguno que otro se cogía la cabeza, la cual zumbaba no poco de las terribles detonaciones, veía a sus compañeros y señalaba callando al otro lado de donde siempre se evaporaban hacia el cielo espesas nubes de humo. ¿Era un sueño o una realidad?

Pero cuando vino la orden para el avance, toda sensación había desaparecido. La compañía saltó de la fosa como un hombre, el fusil seguro en la mano y atacando adelante hasta.... ¡maldito canal! A éste lo habíamos olvidado completamente, no pudiendo marchar al otro lado. Pero ¡oh prodigio milagroso! un verdadero puente fué tendido sobre el canal. Docenas de canoas estaban ya dispuestas para el traslado y en el agua hormigueaban ya nadadores, los cuales tenían el fusil con la mano elevada. Los zapadores fueron muy habilidosos, pues su trabajo era de incalculable precio. Sin que nada fuese advertido por nosotros, ellos habían traído su material protegidos por el fuego de la artillería y nosotros pasamos al otro lado sin mojarnos los pies.

En pocos minutos estábamos al otro lado, nos tendimos y abrimos el fuego. Los ingleses habían descubierto el plan, lo que no estaba ocupado por el fuego, fué destruido por el bombardeo. Minas, bombas y granadas manuales volaban de acá para allá. Saltamos y a pocos pasos estábamos dentro en la posición enemiga, destrozando todo lo que todavía se oponía a nuestra resistencia. Siempre nuevas columnas de nuestras tropas pasaban el canal Yser. Siempre avanzamos siendo derribada en nuestra marcha la primera, segunda y tercera posición de trinchera. Ahora estamos dentro de la posición principal. ¡Hurra, allí están los cañones! ¡Quién hubiera pensado que nosotros conquistaríamos hoy todavía cañones! Los cañones ingleses que fueron tomados por nosotros, eran nueve en número y ciertamente muy nuevos. De las ametralladoras y lanza-minas no nos dimos cuenta al atravesar las primeras fosas conquistadas; nosotros debíamos avanzar y no podíamos apenarnos por estas cosas. Lo esencial fué que ellos eran nuestros, quien se apropiara de ellos nos era completamente igual. Sin embargo, con los cañones era otra cosa, los cuales exigimos, y nuestros compañeros que estaban heridos ligeramente se quedaron de guardia con ellos, cuidando que defendiesen nuestro derecho. Nos habíamos imaginado la resistencia del adversario completamente otra y vimos ahora con grande alegría, que nosotros habíamos sufrido sólo, proporcionalmente, pequeñas pérdidas. Nuestra artillería lo había dispuesto todo admirablemente para hacer más dóciles a los franceses e ingleses.

En las posiciones conquistadas apareció todo en bastante desorden. Nuestros pesados proyectiles habían abierto en el terreno gigantescos hoyos en forma de embudos. Cubiertas y parapetos fueron destruidos y destrozados sucesivamente y entre ellos se encontraban los cuerpos despedazados y restos humanos de franceses e ingleses. Pero ¡qué digo! No había sólo cuerpos blancos tendidos rígidamente con el aspecto de la muerte, no, también encontramos negros, morenos, amarillos y rojos, una gran mezcla de pueblos en la cual la muerte había hecho una terrible cosecha. Todos ellos quedan tendidos allí, mudos, rígidos, la mayoría horriblemente destruidos y despedazados. Todos ellos son una prueba del ordinario carácter de Inglaterra que había conducido a los pobres a una muerte segura. También entre los que hicimos prisioneros (había una gran cantidad) se encontraban muchos mestizos, especialmente muchos canadienses, los que estaban aparentemente alegres de haber escapado con vida y encontrarse en la prisión alemana. Estábamos sorprendidos, pues habíamos pensado tener sólo como enemigos a los ingleses y nos encontramos combatiendo contra una mezcla de distintas razas.

Habíamos vencido y las posiciones enemigas tan ardientemente deseadas estaban en nuestra posesión.

(HOLNISCHE VOLKSZEITUNG.)

LOS ZEPPELINES ALEMANES

Ahora que el bombardeo aéreo de Londres ha sido un hecho y del terreno de la discusión ha pasa-

do al de la realidad, tiene especial interés la carta que firmada por «un neutral» que acababa de hacer un viaje por Alemania, se publicó en un periódico londinense el día 17 del pasado mayo.

El «neutral» exponía su creencia en el empleo por los alemanes de *Nebelbomben*, o «bombas de niebla», y a este efecto refería, en los siguientes términos, una conversación que oyó en uno de los principales restaurantes de Munich:

«Pero esta labor de los submarinos—dijo uno de los interlocutores—es pequeña comparada con la

han cambiado mucho. Nosotros bombardearemos a Londres. Hay nuevas máquinas y nuevas bombas. Puedo revelarles un secreto. Una de nuestras principales fábricas de productos químicos está preparando algo nuevo para los zeppelines. V. no desconoce las «Stink bomben» (bombas asfixiantes); pues bien, nuestros recursos químicos no se han extinguido aún; y yo he visto los nuevos zeppelines».

Los últimos párrafos de la carta, dicen así:

«Dos días después, me dirigía yo desde Munich hacia el S., cuando subió a mi departamento un hombre joven que, siguiendo la costumbre alemana, se puso en el acto a hablar conmigo, aun sabiendo que yo era extranjero. Marchaba a ensayar un nuevo aparato, cuyo objeto era permitir a los zeppelines viajar sobre territorio enemigo en pleno día. Este aparato era una especie de «nebelbombe» con espoleta de tiempos. Una vez arrojada la bomba desde la camareta, estalla a una distancia calculada sobre el suelo y, con increíble rapidez, extiende una niebla que oculta al zeppelin, protegiéndole así contra el fuego de los cañones y aeroplanos y poniéndole en excelentes condiciones de seguridad.

«Lo he visto por mí mismo—exclamaba.—Era magnífico. La niebla se extendía muchos kilómetros casi instantáneamente. Con varias bombas, puede cubrirse una superficie de 20 kilómetros cuadrados.

«A mis palabras de duda y admiración me respondía con estas seguridades: yo mismo he llevado la bomba. Yo trabajo en la fábrica.

«Entonces se me ocurrió la idea de que esto estuviera relacionado con la conversación oída en Munich. Procuré que el joven fuera más explícito, pero se limitó a añadir: Pronto oírás V. hablar de ello; y llevó la conversación hacia los maravillosos descubrimientos químicos que habían hecho posibles tales cosas.

«Más tarde, me dijo un amigo que habían sido contruidos cinco o seis nuevos zeppelines en Friedrichshafen, con destino especial al ataque de Londres. No se trataría de un dirigible aislado que arrojará una o dos bombas, sino de una flotilla de zeppelines. Las navegaciones emprendidas hasta las inmediaciones de Londres, indican que se está preparando ese plan, y las fábricas de productos químicos de Höchst y Baden, las mejores del mundo, hacen mucho tiempo que trabajan para cooperar en la ejecución de aquel propósito.»

Añadiremos por nuestra parte que las repetidas



Ricardo Wagner, descendiente del célebre compositor, que pudo huir de Inglaterra y escapar de Francia, donde fué internado, alistándose por fin en el ejército alemán. Tiene dieciséis años

que desarrollarán los zeppelines. V. habrá observado que los zeppelines van dando cada día mayores muestras de actividad y que se acercan más y más a Londres, siendo cada vez mayores y más veloces. Esto indica, ya lo puede V. deducir, que se están preparando grandes cosas. Los ingleses no creían en el poder de nuestros submarinos; ahora lo están tocando. Tampoco creían en un poder militar eficaz de los zeppelines; el tiempo lo pondrá de manifiesto.

«Bien—exclamó otro comensal—hace mucho tiempo que se habla de ello, y no es muy conveniente hablar tanto.

«Pero yo sé—replicó el primero—que las cosas

exploraciones hechas por los zeppelines hasta cerca de Londres, en las últimas semanas, sin que tales viajes fuesen acompañados a veces por el lanzamiento de bombas, no tenían otro objeto que conocer los mejores caminos aéreos de ida y de regreso, para elegir las rutas más directas y menos peligrosas. Actualmente, los zeppelines alemanes pueden dirigirse a Londres y maniobrar sobre la inmensa urbe, con más seguridad que sobre el litoral británico al principio de la guerra.



Una casa destruida e incendiada por la explosión de una granada, en la Bukovina

LOS FERROCARRILES ALEMANES

Traducimos del *Times* el siguiente artículo debido a la pluma de «Un neutral».

«Antes de ir a Alemania, sabía yo que el sistema ferroviario había desempeñado una parte importante, tal vez la mayor, en la organización para la guerra. Pero hasta que he visto el trabajo realizado por los ferrocarriles alemanes no he comprendido los servicios que han prestado a las autoridades militares.

Cierto día partí hacia una pequeña ciudad del oeste. Está situada en un valle, por el cual corre la doble vía de un importante ferrocarril que enlaza los distritos fronterizos de occidente con la Alemania central. El tren que me llevaba marchaba lenta-

mente, y sorprendía las masas de hombres de la landsturm que montaron en él en una ciudad de guarnición y que subían y se apeaban en todas las pequeñas guarniciones. Entre ellos había muchos de edad madura, que se ponían por primera vez el uniforme después de abandonar sus ocupaciones ciudadanas.

Uno de ellos, que entró en mi departamento, llevaba aún sus grandes botas de trabajo. Me dijo que había pasado toda la noche sacrificando lechones, y no tuvo tiempo para cambiarlas por otras. Era en los momentos de haberse ordenado una matanza ge-

neral de lechones, para reservar el grano y las patatas para las necesidades humanas, y las autoridades municipales recibieron la orden de salar carne de cerdo por valor de 18 pesetas por habitante.

El landsturmiano sacrificador de cerdos me dijo que sus camaradas y él tenían la consigna de custodiar la línea con sus túneles y puentes. De vez en cuando saludaba a uno y a otro desde la ventanilla, y yo comprobé que toda la línea estaba vigilada. Involuntariamente me acudió a la memoria la manera como se acostumbraba a guardar el tren del Czar en tiempos pasados. Ninguno de mis compañeros de viaje supo o quiso decirme por qué, aun en tiempo de guerra, se tomaban tan extraordinarias precauciones en el interior del país.

El misterio no tardó en despejarse. Al llegar a la pequeña ciudad, me trasladé a un modesto hotel, pedí un cuarto y me puse a comer en el cómodo restaurant de la casa. El dueño me dió la bienvenida en aquellos términos amistosos y familiares que tan atractivos resultan en los lugares aún no contaminados por la moderna industria hostelería. Frotándose satisfecho las manos, exclamó: «Los rusos

pronto llevarán otra paliza. Estamos trasladando masas de tropas al otro frente. Hidenburg se trae algo entre manos. Han pasado más de 100.000 hombres. ¿No ha oído V. nada de esto?»

Ciertamente. Un larguísimo tren militar pasó por allí. La vía corre junto al hotel, y al otro lado se encuentra la estación. Me asomé a la ventana y ví el tren lleno de soldados, cañones, caballos, automóviles y material de transporte. El pueblo, desde las calles y las casas, aclamaba con entusiasmo a la tropa. Los soldados, de pie detrás de las ventanillas y en las plataformas, contestaban el saludo, y se pusieron a cantar «Alemania sobre todo» y otras patrióticas canciones.

El dueño me dijo, a mí, un extranjero, que aquellas tropas venían del frente francés y se mandaban a

Hindenburg, atravesando toda Alemania para presentarse en el frente oriental, donde se preparaban operaciones de grandísimo alcance. Durante este tiempo de preparación, que ocupó varios días, se interrumpieron en absoluto todas las comunicaciones postales y telegráficas con los países extranjeros, para impedir que se supiera nada. Las tropas enviadas al otro frente no pudieron comunicar siquiera con sus familias.

Entonces presencié el trabajo de una parte de la máquina de guerra. Los trenes militares continuaron desfilando hacia el este, cada diez, quince o veinte minutos, durante dos días y dos noches. Mientras había luz del día, cada tren era saludado con los mismos aplausos, y de noche oíamos las canciones de los soldados y los gritos de «¡Hurra!». Era un verdadero paseo triunfal de punta a punta de Alemania.

Pero lo más notable es que no hubo aparente perturbación en el tráfico ordinario. Los expresos y los mixtos llegaban y partían a las horas de itinerario. Largos trenes abarrotados de mercancías pasaban hacia el oeste, y regresaban otros con vagones vacíos. Otros largos trenes de tropas se dirigían asimismo hacia el oeste.

Fácil es imaginar que este espectáculo fortalece el sentimiento popular de seguridad. Es una demostración ocular de que las autoridades militares pueden trasladar sin peligro fuerzas de un frente a otro, con absoluta precisión y sin quebranto de la vida civil. No es extraño que los alemanes estén orgullosos de sus ferrocarriles. Saben que a no ser por la gran movilidad que los ferrocarriles dan a las grandes masas de tropas, hace tiempo que la guerra estaría dentro de las fronteras de Alemania.

El espíritu de los soldados y las extraordinarias precauciones tomadas para guardar la línea refuerzan el sentimiento de seguridad. La impresión producida es que las autoridades están vigilantes y prevenidas para todas las eventualidades. No sólo estaba bien custodiada la vía férrea—repito que era el interior de Alemania, al este del Rhin—sino que también había puestos defensivos especiales contra los ataques aéreos, y de vez en cuando un zeppelin viajaba como monstruoso centinela arriba y abajo sobre el valle, siguiendo sus sinuosidades.

Dos días después del paso de tropas por la pequeña ciudad, aconteció lo previsto. Los partes oficiales alemanes del teatro oriental hacía algún tiempo que se limitaban a la frase estereotipada: «No hay cambios en la situación general». De pronto, una mañana, todas las banderas de la ciudad fueron izadas, se dió un día de asueto a los niños de la escuela, y el pueblo supo que había comenzado la gran ofensiva en los Cárpatos y que las líneas rusas habían sido rotas. Después supe que las tropas cuyo paso presencié habían reforzado el ejército de operaciones en Galizia. Sus parientes en Alemania no supieron que habían partido del frente occidental, hasta que recibieron cartas fechadas en la región del San.

Naturalmente, el servicio ordinario de trenes en Alemania se ha reducido mucho. Los cuadros de marcha indican que un elevado tanto por ciento de trenes ha sido suprimido. Pero el servicio es perfecto, a despecho del menor número de empleados, entre los que figuran muy pocos jóvenes útiles. En las oficinas, las mujeres ocupan preeminente puesto. Si

el viajero es prudente, debe reducir su equipaje a lo que pueda llevar él mismo, porque escasean los mozos. Pero los trenes llegan y parten al minuto y están dotados de las comodidades de costumbre. Hay coches comedores y coches dormitorios en los expresos que circulan entre las ciudades importantes.

Todos los ferrocarriles alemanes están ahora sujetos a un sistema único, que ha sido extendido a toda la Bélgica ocupada por los alemanes, lo mismo que a los distritos invadidos de Francia y Polonia rusa. Trenes expresos directos, con comedores y dormitorios, circulan entre Berlín y Metz-Charleville—Mezières; otros hasta Bruselas y Lille. Con permiso especial, una persona civil puede ir a esos puntos, lo mismo que al E. de Lodz. Los cuadros de marcha le indican cuándo podrá llegar hasta Noyon, Laon y Chauny. De hecho, la organización es tal que, a pesar de las graves atenciones militares que pesan sobre los ferrocarriles, se puede viajar casi con tanta libertad, y desde luego con la misma puntualidad, que en tiempo de paz. En ciertas ciudades y sectores fortificados, se pide el pasaporte, pero esto es todo.

Hasta en los cuadros de marcha se descubre la confianza. Las guías aparecen con sus dimensiones antiguas. Las ediciones de verano contienen todos los trenes ordinarios del tiempo de paz, pero se señalan con un círculo negro los que han sido suprimidos por causa de la guerra. En una introducción explicatoria, se lee: «Guiados por la experiencia y en vista del favorable desarrollo de las operaciones militares, se restablecerá pronto el servicio de muchos trenes temporalmente suprimidos. Estos trenes se incluyen, por consiguiente, en los cuadros de marcha: La introducción concluye con estas palabras de esperanza: «en un futuro no muy lejano, nuestra patria alcanzará una paz gloriosa, bajo cuyos favores el tráfico ferroviario recobrará pronto sus proporciones anteriores».

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

El testigo ocular

(El señor A).—¡Felices, don Subrio! ¿Tan enfrascado se encuentra V. en la lectura de ese periódico, que no nos ve?

—Ustedes perdonen; no era el interés lo que me tenía absorto, sino la lástima, la compasión, la melancolía.

(El señor B).—Inglese tenemos en puertas ¿no es así, don Subrio?

—Como V. quiera, los ingleses siempre están á las puertas de todas las naciones. Se dice que es imposible poner puertas al campo, pero ellos las están poniendo al mundo.

(El señor B).—¡Vaya, vaya, con don Subrio! ¡No abandona su eterna pesadilla!

—Pero ahora no en el sentido que V. imagina, sino en otro; esa lectura ha despertado mis sentimientos de moralista. ¿V sabe quién es *el testigo ocular*, señor A?

(El señor A).—Testigo ocular de algún suceso es el que lo ha.....

—No le pregunto si sabe V. lo que es un testigo ocular, sino quién es *el testigo ocular*.

(El señor A).—¿Juegos de palabras y jeroglíficos, y se las echa V. de moralista?

—¡Basta! V. no conoce al testigo de marras, y se lo voy a presentar.

(El señor B).—Advierta V. que estoy presente, no descarrile V.

—Si faltó a la verdad, corrijame V. Pues verá V. señor A, que cuando el Gobierno británico envió a Francia, en agosto pasado, aquel puñado de miles de hombres que constituían toda o casi toda su fuerza militar, se preocupó acto seguido de promover en el país la afición a las cosas militares, para fomentar el alistamiento. Como instrumento de estos patrióticos deseos, fué designado un personaje, que llamaremos Z, para acompañar al ejército expedicionario, con la misión de relatar, en atrayentes epístolas, que publicaría la prensa, las proezas y victorias de los ingleses y las derrotas y torpezas de los alemanes; a esas epístolas se les dió desde el primer día, y siguen teniendo, un carácter oficioso o semioficial, y con este título de garantía aparecen en los periódicos. El señor Z., hombre de ardiente imaginación, de fantasía exhuberante y que no se para en barras, como se dice vulgarmente, afiló el lápiz y preparó las cuartillas en aquellos días que precedieron a los aciagos, para los ingleses, de Mons; pero la carrera que, de buenas a primeras, tuvo que dar desde Mons al Marne, sin descansar más que un momento en San Quintín para que el golpe de los alemanes le hiciera recobrar la fuerza de piernas que creía haber perdido....

(El señor B).—Pero, esto ¿es un relato o uno de los zurriagazos de que V. acostumbra valerse?

—Tiene V. razón, señor B; vuelvo a mi discurso. Como decíamos, señor A, al misterioso caballero Z se le debió producir un derrame de hiel, consecuencia de las zozobras y sobresaltos de aquellas jornadas....

(El señor B).—¡Por Dios, don Subriol! ¿se propone V. ponerme nervioso?

—¡Libreme Dios de tal pecado, ni de querer mortificar a los apacibles y bonachones ingleses! El caso es, que, cada tres o cuatro días, *el testigo ocular* dá a la publicidad la narración de los hechos guerreros, tal como él los ha observado o como se desea que los crean los britanos.

(El señor A).—¡Gran habilidad es ésta, del Gobierno de Londres, y ejemplo digno de ser imitado!

—Ni en broma lo diga V. Por de contado, en ninguna de las correspondencias de Z aparece un descalabro o un retroceso de sus compatriotas; éstos van siempre de victoria en victoria. Primero, nos contó que los alemanes no tenían que comer, que padecían hambre, y como eran caníbales corrían detrás de los ingleses para.... ¡no se impacienta V., señor B!..., luego, nos dijo que no sabían apuntar, ni batirse; enseguida que los generales no conocían la estrategia ni por el forro, ni los oficiales la táctica, que en todos los combates, los montones de cadáveres alemanes llegaban a hacer imposible la marcha de ataque de los ingleses, que las granadas enemigas no estallaban, que el ejército alemán, concentrado ante los britanos, había sido destruido...., y, a todo esto, en Londres se agotaba la paciencia esperando la llegada de las nuevas de las victorias de French. El tema llevaba trazas de agotarse, cuando a mi hombre

se le ocurrió una idea diabólica: en lugar de referirse a las operaciones militares propiamente tales, dió en la manía de referir estupendas heroicidades de los batallones y soldados ingleses; ahora, era un soldado que había puesto en dispersión a una compañía enemiga y apresado seis oficiales y cuarenta hombres; otras veces, un solo cañón apagaba el fuego de cuatro baterías alemanas; por acaso, un aviador derribaba media docena de taubes y hundía un par de hangares;... ¡imposible recordarlo todo!... y, entre tanto, los soldados ingleses se bañaban y acicalaban, jugaban al foot-ball, al tennis y a las damas, comían opíparamente, se recreaban con conciertos y representaciones teatrales, tiraban el dinero.... ¡aquello era una delicia, un edén! ¡Felices y bienaventurados los que peleaban en el frente!

(El señor A).—¡Muy bien discurrido! ¿Y encuentra V. mal ese proceder?

—Todo sería digno de elogio, si, contrastando con ese paraíso, no presentara el señor Z todos los horrores del infierno: los alemanes arrasaban poblaciones, torturaban a los habitantes pacíficos, se mostraban crueles, martirizaban a los prisioneros y cometían indignidades de todo género. Y eso un día y otro; era la gota de agua que taladraba la flema británica....

(El señor A).—¿Quién es el *testigo ocular*?

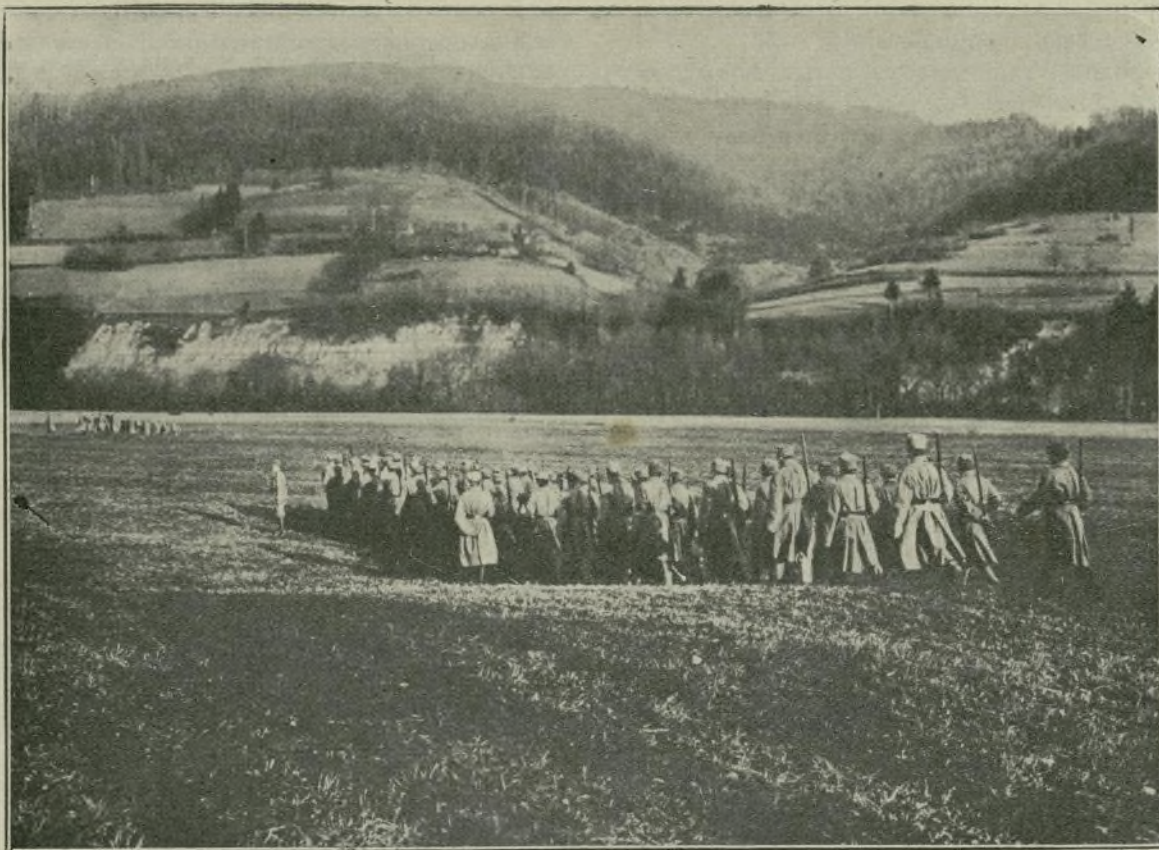
—Los alemanes dicen que es un miembro del Parlamento, mister S.... pero yo creo que es un autor de folletines.

(El señor B).—¿Y qué tiene que ver mister Z con la melancolía a que V. se ha referido?

—A eso voy. Cuando tantos horrores de todo género lleva la guerra en sí misma ¿no le parece a V. lamentable que aún se aumenten más, y se hiera la imaginación del vulgo con novelas que producen heridas indelebiles y que perdurarán muchos años después de la paz? ¿Se ha meditado bien el daño que para lo porvenir se causa, y la impresión que se produce en la población pacífica desatando sus malos instintos y pasiones? ¿No hay bastante con que en los campos de batalla se destrocen como fieras los que deberían ser hermanos, que todavía se echa leña al fuego y se trata de llevar la perturbación moral a los que han quedado en sus casas?

(El señor B).—¡Consecuencias, tristes consecuencias de la guerra!

—¡Si! Pero es aún más triste el oficio de esos escritores que parece no tienen más misión que la de envenenar los sentimientos del público. En la fiebre del combate y en el furor de la lucha, se comprende y tiene disculpa que los hombres olviden a veces su origen divino; pero en la tranquilidad del gabinete, a sangre fría, junto a la taza del humeante café, entre las nubes de humo de aromático cigarro, rodeado de todas las comodidades y sin temor al menor peligro, hay una pléyade de hombres que, con constancia digna de más elevados propósitos, aprovechan las vibraciones patrióticas del pueblo para enderezarlas por senderos extraviados. Si para unos son los alemanes los crueles y bárbaros, mañana serán para los otros los franceses, ingleses y rusos los salvajes y ruines. Y de esta suerte, todos los ejércitos, aquellos hombres que se baten por la sagrada causa de la patria, quedarán envueltos sin distinción de nacionalidades en el mismo padrón de ignominia y se pondrá



Legiones polacas que operan contra los rusos en los valles de los Cárpatos

igual estigma sobre sus frentes. ¿Así vamos a premiar a los que pelean y mueren? Para el porvenir todos serán iguales, todos malos, todos peores. ¡Qué herencia moral vamos a legar a nuestros hijos! Y todo por culpa de unos cuantos señores que tienen la habilidad de saber poner correctamente unas palabras a continuación de otras. Reflexione V., señor B, y se convencerá que tan dignos de elogio son los hombres que se baten, como de vituperio los que, a sus espaldas, denigran y calumnian al adversario, llámese como quiera.

Subrio Escápula.

LA ESCUADRA FRANCESA

Dreadnoughts

Bretagne (23.500 toneladas); Courbet (23.470); France (23.470); Jean Bart (23.470); Lorraine (23.500); Paris (23.470); Provence (23.500)

Total: 7 unidades con 164.380 toneladas.

Bajas: Courbet, 23.470 toneladas.

Fuerza actual en dreadnoughts: 6 unidades, con 140.910 toneladas.



Prisioneros franceses. en Alemania, dirigiéndose a desinfectar los efectos del campamento



Barcos hospitales alemanes en el Vístula, que se emplean para evitar a los heridos los sufrimientos ocasionados en los viajes por tierra

Acorazados de línea

Bouvet (12.030); Carnot (12.150); Charlemagne (11.290); Charles Martel (11.880); Condorcet (18.400); Danton (18.400); Démocratie (14.870); Diderot (18.400); Gaulois (11.290); Henri IV (8.950); Jauréguiberrg (11.890); Justice (14.870); Mirabeau (18.400); Patrie (14.870); République (14.870); Saint Louis (11.290); Suffren (12.730); Vergniaud (18.400); Verité (14.870); Voltaire (18.400).

Total: 20 unidades, con 288.250 toneladas.

Bajas: Bouvet y Gaulois, con 23.320 toneladas.

Fuerza actual en acorazados de línea: 18 unidades, con 264.930 toneladas (El Suffren y el Henri IV no han reparado aún las graves averías padecidas).

Cruceros de batalla y cruceros acorazados

Amiral Aube (10.010); A. Charner (4.780); Bruix (4.810); Condé (10.010); Desaix (7.700); Dupetit



Tumbas de soldados rusos junto a un campamento de prisioneros, en Alemania

Thouars (9.520); Dupleix (7.700); Edgar Quinet (14.160); Ernest Rénan (13.640); Gloire (10.010); Gueydon (9.520); Jeanne d'Arc (11.270); Jules Ferry (12.550); Jules Michelet (12.570); Kléber (7.700); Latouche Tréville (4.760); León Gambetta (12.550); Marseillaise (10.010); Montcalm (9.520); Pothuau (5.460); Victor Hugo (12.550); Waldeck Rousseau (14.160).

Total: 22 unidades, con 214.960 toneladas.

Bajas: Amiral Charner, y León Gambetta, 17.330 toneladas.

Fuerza actual en cruceros, de batalla y acorazados: 20 unidades, con 197.630 toneladas.

Fuerza actual de la flota francesa de combate: 44 unidades, con 603.470 toneladas.

Barcos perdidos: 5 unidades, con 64.120 toneladas, o sea la décima parte de la fuerza primitiva.

Cruceros protegidos: perdidos, 1; quedan, 13.

Cruceros auxiliares, 18.

Cazatorpederos y torpederos: perdidos, 4; quedan 230.

Submarinos: perdidos, 3; quedan, 62.

Cañoneros: perdidos, 1; quedan 8.

Fondeadores de minas: 4.

LA ESCUADRA RUSA

FLOTA DEL BALTICO

Dreadnoughts

Gangut (23.400); Petropavlosk (23.400); Poltava (23.400); Sevastopol (23.400).

Fuerza actual en dreadnoughts: 4 unidades, con 93.600 toneladas.

Acorazados de línea

Andrei Pervosvany (17.700); Imperator Pavel I (17.700); Slava (13.700); Zesarevitch (13.210).

Fuerza actual en acorazados de línea: 4 unidades, con 62.310 toneladas.

Cruceros acorazados

Admiral Makarov (8.000); Bayan (8.000); Irabry (1.760); Gromoboi (13.430); Pallada (8.000); Rossiya (12.400); Rurik (15.430).

Total: 7 unidades, con 67.050 toneladas.

Bajas: Pallada, 8.000 toneladas.

Fuerza actual en cruceros acorazados: 6 unidades, con 59.050 toneladas.

Fuerza actual de la flota de combate del Báltico: 14 unidades, con 214.960 toneladas.

Barcos perdidos: 1 unidad, con 8.000 toneladas, o sea la vigésima quinta parte de la fuerza primitiva.

Cruceros protegidos: perdidos, 2; quedan 5.

Cruceros auxiliares: 3.

Cazatorpederos y torpederos: perdidos, 3; quedan 73.

Submarinos: 8.

Cañoneros: 18.

Fondeadores de minas: 6.

FLOTA DEL MAR NEGRO

Dreadnoughts

Imperator Alexander III (22.800); Imperatriz Maria (22.800); Iekatarina II (22.800)

Fuerza actual en dreadnoughts: 3 unidades, con 68.400 toneladas.

Acorazados de línea

Georgi Polyedonosetz (11.210); Ioan Slatust (13.050); Panteleimon (12.800); Rostislav (9.020); Sinop (11.410); Svatoi Ievstafi (13.050); Tri Sviatitelya (13.300).

Total: 7 unidades, con 83.840 toneladas.

Bajas: Panteleimon y Sinop, 24.210 toneladas.

Fuerza actual en acorazados de línea: 5 unidades con 59.630 toneladas.

Fuerza actual de la flota de combate del mar Negro: 8 unidades, con 128.030 toneladas.

Barcos perdidos: 2 unidades, con 24.210 toneladas, o sea la sexta parte de la fuerza primitiva.

Cruceros protegidos: 2.

Cazatorpederos y torpederos: perdidos, 2; quedan 50.

Submarinos: 8.

Cañoneros: perdidos, 2; queda, 1.

Fondeadores de minas: perdido, 1; quedan, 2.

CRÓNICA MILITAR

I. Los ídolos frente a las doctrinas en arte militar.—II. Falsos fundamentos de las victorias alemanas.—III. La campaña en Galizia.—IV. La campaña austro-italiana.—V. La situación el 19 de junio

I.—Los ídolos frente a las doctrinas en arte militar

Las campañas de los grandes capitanes desde Alejandro a Federico II de Prusia no han movido, hablando en términos generales, más que las plumas de escritores profesionales e historiadores, y su mérito

y sus detalles— bastante difíciles de conocer y seguir—en muchas de ellas han quedado reservados a corto número de personas, lo cual explica que en el siglo XIX se atribuyeran caracteres de novedad a métodos conocidos algunos o muchos siglos antes. Hasta las postrimerías del siglo XVIII, la ciencia de la guerra no se consideró patrimonio de todos, ni se

la trató con el desenfado y la despreocupación que merecen los bienes mostrencos.

Las campañas de Napoleón, en cambio, gozaron del privilegio de atraer la atención de literatos, novelistas y escritores de renombre, que las difundieron y vulgarizaron, embelleciéndolas, poetizándolas y mostrándolas por el lado que más impresionara al público. Ello se debió, en primer lugar, al mismo Napoleón, que con sus proclamas altisonantes e hiperbólicas supo llegar al corazón del pueblo francés; contribuyó también la nomenclatura ordenada de voces y términos militares que por primera vez dió aquel genio y fué completada y extendida por sus comentadores coetáneos, la cual nomenclatura permitió concretar las reglas fundamentales del arte de la guerra, poniéndolas al alcance del vulgo, aunque éste no llegó ni ha llegado a entenderlas. Pero el arrogante patriotismo francés y la especial capacidad que aquel pueblo tiene para despojar de aridez todo lo técnico, creando lo que se ha llamado con propiedad arte de vulgarización científica, han sido las causas principales de que las campañas de la revolución y del Imperio formen parte de la erudición corriente y que no haya persona medianamente ilustrada que no sepa aplicar con oportunidad dos o tres principios o máximas de Napoleón, ni deje de emplear las voces: base de operaciones, línea de comunicaciones, etc., que caudillos inmortales no supieron concretar, aunque se acomodaron a lo que representan.

El concepto general que de Napoleón se tiene es el sintetizado en la frase «rayo de la guerra.» Su rapidez de combinación, resolución y ejecución ha obscurecido sus otras cualidades, y se ha llegado a creer que esa rapidez—bajo la forma de maniobra—es el *summum* del arte de la guerra, y que sólo merece el título de adocenado el general que no la ha sabido imitar.

Se compara la campaña de 1870-71 con las de Napoleón, y como es lógico salen mal librados los generales alemanes. Se olvida que el despliegue y el gran movimiento de conversión que precedió a la batalla de Sedan, son de un mérito extraordinario y excepcional, y que los resultados obtenidos por los alemanes hasta primeros de noviembre de 1870, nada tienen que envidiar a los más espléndidos del caudillo francés. Pero así como éste personificaba en sí mismo todos los aciertos y buenas cualidades, quedando las malas para sus tenientes, las excelencias de los métodos y acciones alemanas eran hijos de un sistema, de una doctrina colectiva, y no de la inspiración y el genio personal.

La fantasía y la novela se inclinarán siempre hacia lo extraordinario y fantástico y rendirán culto a esos hombres esclarecidos que parecen semidioses; no acontece lo mismo con las naciones en lo que tienen de más firme y permanente. Napoleón venció a Europa, pero se vió acorralado en París y arruinó a Francia. En 1870, ningún general alemán pudo codearse con el gran corso, pero entre todos realizaron la unidad del Imperio y elevaron a su patria al rango preeminente que desde entonces ocupa en el mundo. Y es que en materias que tanto conmueven a la humanidad, la acción y la obra de un solo hombre, aunque rayen con los límites de lo sobrenatural, son efímeras e infecundas, mientras que los esfuer-

zos colectivos de los pueblos perduran y arraigan.

Este es el gran mérito de Alemania, que desde los comienzos del siglo XIX no ha ido en busca de un hombre, sino del espíritu y del pensamiento colectivos, al contrario de Francia, que no ha dejado de personalizar su afán de supremacía. Más práctica Inglaterra, que no prestaba atención a estas materias, ha descubierto ya dónde reside la fuerza de Alemania, y se dispone a seguir su ejemplo.

Pero las multitudes encuentran más fácil y mucho más agradable atribuir las victorias a un hombre que a un sistema, porque esto halaga la vanidad humana y evita la reflexión y el análisis; y, como consecuencia, desconocen y aun niegan el mérito de todo lo que lleva el sello de lo impersonal. El culto al ídolo es innato en el hombre, y todavía no ha habido quien derrumbara—en arte militar—el paganismo material, substituyéndolo por la luz esplendorosa de la doctrina y de la fe universal; es decir, un pueblo existe, Alemania, donde impera el nuevo culto, pero ha de ganar aún muchas victorias para que al cabo la humanidad se rinda ante la evidencia y abra sus ojos a la verdad.

¿Habrá que añadir que la aplicación de esa doctrina requiere jefes capacitados y a la altura de su misión, y que el sistema exige jerarquías a las que se llegue por una escrupulosa selección? No hace falta más para el éxito; a mayores talentos, más rápidos resultados, pero bastan el nivel medio intelectual y el ejercicio y la práctica del mando y de la obediencia, dentro de la doctrina más pura, para alcanzar el resultado final. La gran dificultad está en encontrar esa doctrina—de modo que sea nacional a la vez que universal—y hacerla llegar desde las capas más elevadas a las más humildes de la sociedad.

II.—Falsos fundamentos de las victorias alemanas

Las personas poco dadas a ahondar en las causas de las victorias alemanas y las que procuran encontrar paliativos a los fracasos de otros ejércitos, atribuyen aquellas a motivos independientes de la capacidad de los generales germanos y de la instrucción y buen espíritu de sus soldados. Tanto se ha laborado en este sentido, incluso en documentos oficiales, que estimo de oportunidad dedicarle algunas líneas.

A los ferrocarriles alemanes se les ha asignado un papel casi decisivo. Gracias a ellos han sido posibles las rápidas concentraciones de tropas en los lugares convenientes y el traslado de masas inmensas de un punto a otro, y aun de uno de los frentes al opuesto, lo que se traducía en dar a los alemanes la superioridad numérica en el campo de batalla, a despecho de su inferioridad absoluta. Dando de lado que del mismo tiempo y no más recursos dispuso Alemania para construir su magnífica red de ferrocarriles estratégicos, que sus vecinos del E. y O. las suyas, y que por consiguiente el mérito de la previsión, por lo menos, ha de reconocerse a los primeros y no a los segundos, los grandes movimientos de fuerzas han sido casi siempre conocidos por el adversario con antelación bastante para parar el golpe. El Estado Mayor ruso ha reconocido y declarado explícitamente que tenía noticias, desde mediados de abril, de la reunión de gruesos contingentes

y gran número de baterías en la línea del Dunajec, sin embargo, ni supo evitar el desastre retirándose a tiempo, ni consiguió ordenar sus ejércitos del modo más adecuado para contrarrestar la ofensiva que se preparaba. Al cuartel general francés le consta—por los reconocimientos aéreos, por los avisos de Bélgica, Holanda, Suiza, etc., y, sobre todo, por las elocuentes batallas de Galizia, que no admiten mixtificación, que casi todo el ejército alemán se encontraba en el frente oriental, y, no obstante, no aprovechó esta feliz circunstancia para arrojarle con todas sus fuerzas contra el invasor y romper su frente. Las tropas alemanas que en agosto había en la Prusia Oriental no llegaban a la cuarta parte de las rusas, lo cual no fué óbice para que las arrollaran y destruyeran; porque oportuno es recordar que el ejército vencedor en Tannenberg e Insterburg, con ferrocarriles y sin ellos, estaba en la relación de 1 a 4 con los moskovitas del Narev y el Niemen. En el concepto ferroviario, mejor, incomparablemente mejor, se encuentran los franceses que sus adversarios, con sus tropas en el propio país los primeros, y en tres teatros separados centenares de leguas los segundos; y los germanos han conservado la libertad de movimientos y se han valido de amplia iniciativa y los franceses no.

Que los alemanes han demostrado notable capacidad en el manejo del instrumento ferroviario, es indudable; pero, si tan previsto y elemental era ese manejo ¿por qué sus adversarios no han obrado de la misma manera?

La concentración de tropas en un punto, implica indefectiblemente la debilidad en otros. ¿Por qué, siendo más fuertes materialmente los aliados, no han sacado partido de la situación? Sencillamente, porque no basta la concentración, sino que es indispensable algo más, que tenían los alemanes y les faltaba a los aliados.

La dotación de municiones, el derroche de proyectiles hecho por los alemanes, frente a los abastecimientos escasos de sus enemigos, han servido también para explicar muchas victorias. Cuando una nación se lanza por su voluntad a la guerra, para la que se prepara años y años, el argumento de escasez de municiones se vuelve contra ella; y tampoco quedan exentos de culpa los ejércitos en campaña. Es un axioma elemental que no debe emprenderse ningún fin militar si no se cuenta antes con los medios necesarios para alcanzarlo; si no existen y se da el paso adelante, se corre en busca de la derrota. ¿Por qué, pues, los ingleses atacan un día y otro, en vez de permanecer a la defensiva; por qué no reducen su frente, retirando y acortando la línea? Porque abandonarían Dunquerque y Calais, se argüiría; pero estas poblaciones, y toda la costa del canal, no tendrían ninguna importancia si más tarde los anglo-franceses obtenían una brillante victoria. ¿Por qué se lanzan a la expedición de los Dardanelos, donde han de emplear la mitad de su material de guerra y de sus municiones? ¿Por qué los rusos, sabiendo que van a ser derrotados por ese motivo pueril de los proyectiles, no abandonan de buen grado una comarca de la que han de salir, de lo contrario, huyendo, dispersos y derrotados? Luego, si no hay mérito en los alemanes, fuerza será concluir que existe torpeza en sus adversarios; y como en la guerra el

mérito es siempre relativo y se aprecia por la comparación entre la conducta de uno y otro beligerante, la conclusión es obvia.

Los ataques en masa y el sacrificio desconsiderado de vidas humanas, es otro de los tópicos que están de moda. Mas ¿qué nación es esa, Alemania, que pierde los hombres a centenares de millares y no agota nunca sus reservas? ¿Por qué, siendo más los enemigos, no obran de la misma manera? En otra ocasión me referí a esos ataques en masa y no he de insistir de nuevo: me limito a hacer constar que una victoria decisiva nunca se paga demasiado cara, y que se pierden más vidas en luchas largas e indecisas, que no conducen a ningún fin, que en los ataques resueltos coronados por el éxito.

Remachando más el clavo, se ha llegado a escribir que unos generales, inhumanos, envían a la muerte a sus soldados, sin preocuparse de las bajas, mientras que otros, avaros de la sangre de sus tropas, la economizan cuanto pueden. Mal se compagina este dicho con la realidad de las cosas, que pone de manifiesto quiénes son los que están más agotados. Aunque así fuera, el deber del general es obtener la victoria y no ahorrar vidas humanas, porque aún no se ha descubierto ni se descubrirá el medio de hacer la guerra sin efusión de sangre. En su punto estaría este argumento si los ataques alemanes se contaran por fracasos; como no es esto lo que acontece, huelgan los razonamientos.

El número y potencia de cañones, obuses y morteros justifican, para algunos, el estado de la situación militar; estos mismos son los que pregonaron las excelencias del 75 francés y los defectos del 77 alemán. Aparte de esto, lo dicho acerca de las concentraciones de tropas es aplicable a la reunión de grandes masas de artillería; todos los caminos están abiertos para todos, y lo que los unos hacen bien lo pudieran hacer los otros. No habrá nadie que sostenga que los alemanes tengan más y más potentes fuerzas en todos los puntos de los dos frentes que las que pudieran reunir sus adversarios en algunos.

¿A qué seguir? Cuando en un combate vence uno y pierde otro, claro es que hay motivos que expliquen el por qué del triunfo y la derrota; el caso es acertar con los verdaderos, y no dar a los meros agentes circunstanciales una importancia de que carecen. Mis lectores saben perfectamente que las causas son de un orden más íntimo, y se encuentran en el entendimiento y el espíritu de los hombres; lo demás es accesorio, contribuye y coopera, pero no ha sido jamás factor resolutivo.

III.—La campaña en Galizia

Lejos de decaer el mérito de las combinaciones estratégicas de los austro-alemanes en Galizia, brilla con mayor fulgor a medida que aumentan las dificultades con que tropieza. Resumiré a grandes rasgos lo acontecido desde la conquista de Przemyśl.

Los rusos tenían su ala derecha, esencialmente de maniobra, reforzada con tropas de refresco, al N. O. de aquella plaza, en Sieniawa y el bajo San, amenazando caer sobre Jaroslav y coger de flanco al ejército de Mackensen. Este detuvo su marcha sobre Lemberg, rechazó al enemigo que emprendió un ataque al N. de Jaroslav y permaneció inactivo en la

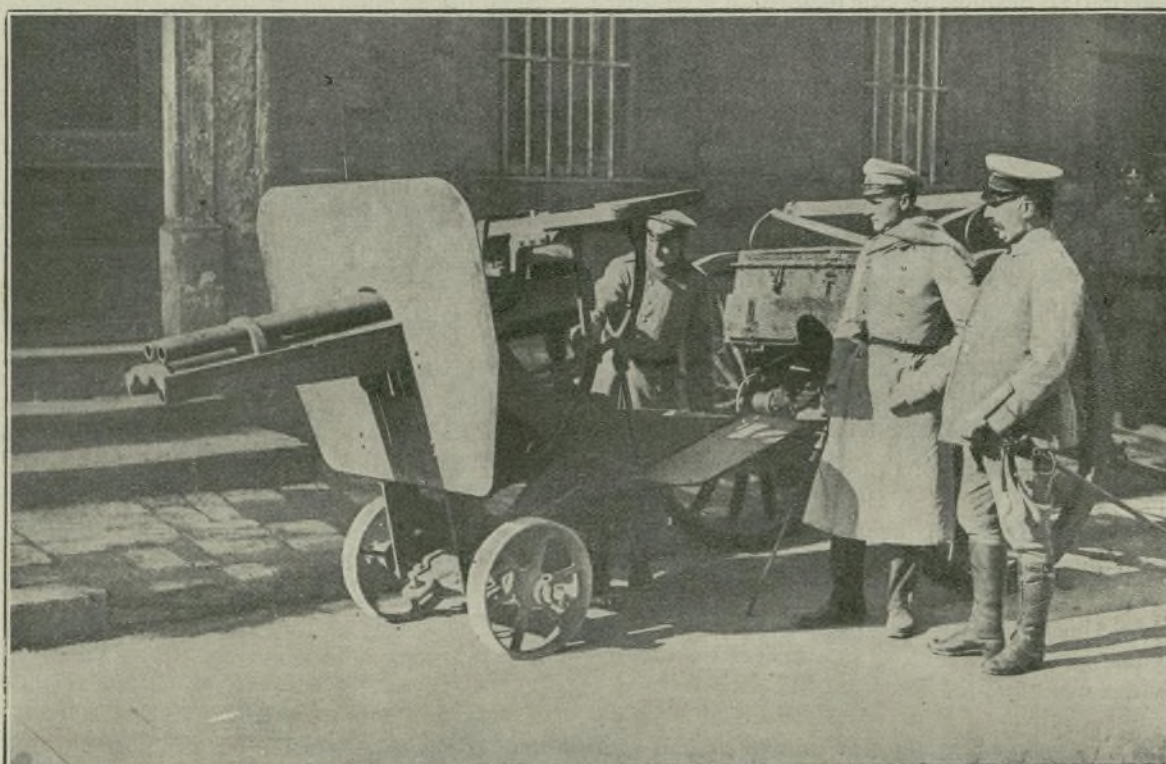


El famoso mortero alemán de 42 centímetros, en un tren, camino de Amberes

apariencia, mientras se desarrollaban vivos combates al S. y S. E. de Lemberg.

En el centro, los rusos reunieron la masa principal de sus tropas al S. de Lemberg y llamaron a sí el ala izquierda, distribuida estérilmente, con muchas semanas de antelación, a lo largo del Pruth. Esta maniobra se encontraba en ejecución, cuando el ejército de Linsingen, en el frente Strij—Stanislau, tomó la ofensiva, arrojó a los rusos a la orilla izquierda del Dniester, cruzó el río y avanzó en línea recta hacia Lemberg. La resistencia de los rusos,

sin embargo, y el paso del río, operación siempre lenta y difícil, les dió tiempo para acumular tropas contra Linsingen, las cuales, atacándole en direcciones convergentes, le rechazaron al S. del Dniester, donde volvieron a tomar pie. Como antes los alemanes, quedaron ahora los rusos en situación comprometida, con un río a su espalda y mal enlazados con el centro del ejército; fueron derrotados por segunda vez y tuvieron que repasar el Dniester, perseguidos por los austro-alemanes, que se establecieron al N. del río.



Cañón revólver francés encontrado por los alemanes en la plaza de Montmedy

Esta serie de batallas, que duraron ocho días, pusieron a la porción mayor del ejército ruso frente al único de Linsingen, y si éste pudo salvar con fortuna la situación, se debió a que la superioridad moral estaba desde primeros de mayo en las filas austro-alemanas.

Mientras el centro alemán libraba sangrientas batallas, atrayendo hacia sí al adversario, las dos alas quedaban en libertad de movimientos. La derecha, Pflanze, limpió de enemigos el valle de Pruth, llegó al Dniester, empujó hacia el O. el ala izquierda rusa, a la sazón en retirada, envió destacamentos a la Besarabia, al N. de Rumanía, y prolongó, reforzándola, la línea formada por el centro. Simultáneamente, Mackensen, que parecía comprometido, teniendo al enemigo delante de él y en su flanco izquierdo, cuando comprendió que Linsingen había fijado el centro ruso, efectuó un hermoso movimiento de conversión o giro hacia al N., cayó sobre el ala derecha rusa en el sector de Sieniava, se apoderó de este punto, derrotó al enemigo, haciéndole 16.000 prisioneros, y tomó una posición de flanco muy temible, por no haber enlazado bien los rusos el ala derecha con el centro.

Esta campaña de Galizia patentiza que los moskovitas sólo acuden al peligro inmediato, y no cuidan bastante de la situación de las fuerzas austro-alemanas, que es de donde les pueden llegar los golpes más certeros.

Cuando el arrollador avance de los austro-alemanes desde el Dunajec al San, todos los esfuerzos de los rusos se concretan en defender enérgicamente la línea de este último río. Entonces, los ejércitos de Maitz y Linsingen aparecen en las direcciones de Sambor y Strij, y Przemyśl tiene que ser evacuado a toda prisa. En los confines septentrionales de la Bukovina, los austro-alemanes ceden lentamente ante el empuje del enemigo, para avanzar casi enseguida, sin obstáculos, al hacerse efectiva la presión del centro. De esta suerte, los austro-alemanes van completando su despliegue y formando un arco que abraza al enemigo, mientras éste maniobra bajo la presión de las circunstancias y tiene que ejecutar el movimiento peligrosísimo de cambiar de frente, substituyendo el del San por otro que sigue aproximadamente el curso del Dniester. Desde Gorlice y el envolvimiento del ejército ruso de los Cárpatos occidentales, la situación estratégica de los rusos no ha sido firme en ningún momento, como es natural, toda vez que, igual aquí que en las campañas de Prusia y Polonia, han supeditado su iniciativa a la del adversario, servida la de éste por una capacidad maniobrera de las tropas, que el ejército ruso no ha podido nunca alcanzar. Lo mismo que en la guerra ruso-japonesa, no se descubre energía bastante para sacar el debido fruto de una posición relativamente ventajosa; en las jornadas de Przemyśl, las dos alas pudieron anticiparse a lo que ahora han ejecutado los austro-alemanes, tomando la ofensiva sin preocuparse de lo que pudiera acontecer, es decir, desarrollándola hasta el último límite; pero el alto mando, atento, quizás en demasía, a conservar sus fuerzas, rehuye estas maniobras arriesgadas, con lo cual se pierde la campaña y se destruye ese mismo ejército que se pretendía mantener intacto. ¡Cuán en olvido está aquella sabia máxima de Napoleón que

recomienda no dejarse impresionar por las dificultades propias, porque las del enemigo serán iguales o mayores! Sin voluntad firmísima de vencer no es posible la victoria.

Esta campaña de Galizia es la de vuelos más amplios y de ejecución más firme y persistente de cuantas se han desarrollado en la presente guerra. Podrá superarle la inicial en Francia por la grandiosa sencillez del despliegue en Bélgica y la combinación del ataque de frente con un doble ataque de flanco; pero en Galizia la resistencia de los rusos es más empeñada que lo fué en Francia la de los aliados, las situaciones militares presentan mayores cambios y alternativas, es más difícil el enlace de los ejércitos, más escasas y peores las comunicaciones e incomparablemente más complicados los abastecimientos. En Francia, llegó un momento en que la energía del mando y las cualidades de las tropas hubieron de doblegarse al paso de las circunstancias, cuya aparición por remotísima y aun inverosímil (la anticipada movilización del ejército ruso) no se llegó a prever. Aquí, en Galizia, el entendimiento que dirige el conjunto de las operaciones está atento a las incidencias que van ocurriendo, y con sorprendente rapidez providencia y ordena, sacando partido inmediato de la bondad de sus propios elementos y de los errores en que incurre el adversario; al mismo tiempo, la previsión para conseguir que las operaciones no se interrumpan y no dejen de sentirse oprimidos los rusos por la pesadumbre de su derrota; los servicios de retaguardia—sin los cuales no es posible que el ejército conserve su capacidad combatiente—funcionan como una máquina perfecta, y se aprovechan para que las tropas se trasladen de un punto a otro con una fatiga mínima.

Natural y lógico es que un ejército que se ve así conducido a la victoria, esté henchido de entusiasmo y ponga toda su voluntad y todo su entendimiento al servicio de las órdenes que recibe.

Si ahora se tiene presente que, sin desatender el teatro del S., los ejércitos austro-alemanes ejercitan de continuo su iniciativa en Polonia, como los alemanes la patentizan en el Niemen y Curlandia, sorprendiendo por sus combinaciones al enemigo y teniendo en perenne desorientación, habrá que convenir que bien merece el dictado de general eminente y de dotes extraordinarias el general que dirige la campaña en el E. Es muy probable que, por elevado que sea el concepto que de él formemos, la posteridad le ponga aún en mejor lugar. Sería injusticia no añadir que ahora es cuando se ponen de manifiesto la bondad y el acierto del Estado Mayor alemán, creando una doctrina única en la que se inspiran todos los generales; porque sea Mackensen, sean Marwitz, Linsingen u otro cualesquiera de los que mandan ejércitos, todas las tropas se conducen con igual ardimiento y pericia, como si fueran mecanismos que marcharan por sí solos.

Ardua y fruto de una labor perseverante de muchos años ha sido la obra de aquel Estado Mayor; pero orgulloso puede estar de ella, y satisfecha la nación.

Gracias a la sabia preparación, una guerra tan colosal como esta, apenas ha alterado el proceso normal de la existencia interior del país.

IV.—La campaña austro-italiana

En un comunicado oficial, el Estado Mayor italiano previene al pueblo contra optimismos que podrían resultar exajerados, y señala las grandes dificultades con que ha de tropezar la ofensiva, el día que se emprenda. Muy en su punto estaría la advertencia, si no se derivase de ella el hecho—que no escapa a nadie—de que esa ofensiva será tanto más difícil y costosa cuanto más se tarde en desarrollarla.

Sin pretender escudriñar en lo porvenir, de las premisas hasta ahora sentadas se deduce que los italianos no se están inspirando hasta aquí en los principios que han servido de base a las grandes campañas ofensivas de todos los tiempos. Ofensiva estratégica y rapidez de acción son frases casi sinónimas, y cuando ese espíritu impulsivo encarna—como sucede en aquel ejército—con la idiosincrasia del soldado, renunciar a él, o simplemente aplazarlo, es atentar contra la moral de las tropas. El soldado, y aun el oficial, forma concepto por lo que ve y toca; y si ahora que el enemigo es débil y los obstáculos escasos, se obra con tanta prudencia: ¿derrochará energías el día que la empresa se torne dificultosa? Dejemos la respuesta al tiempo.

Como los partes austriacos relativos a esta campaña parecen calcados en los alemanes y se limitan a consignar hechos, y los despachos italianos dedican la misma atención a escaramuzas insignificantes que a episodios y movimientos que pueden revestir importancia real, es aventurado sentar afirmaciones concretas. Bien meditado todo, lo que reúne más visos de probabilidad es que los italianos trataron de llevar simultáneamente su ofensiva en dos direcciones: contra el Trentino para adueñarse de él, dominar el valle del Puster y cubrir el flanco izquierdo; y desde Friul, al otro lado del Isonzo, entre Tarvis y Trieste. Pero el Trentino estaba mejor guardado de lo que acaso creían, y la resistencia opuesta por los austriacos en la divisoria montañosa fué tal, que no pudo el ofensor desembocar con fuerzas numerosas, resignándose a una guerra lenta y poco decisiva, cuyo peso recayó sobre las tropas alpinas. Probable es, también, que el Trentino sea una caja cerrada, cuyo contenido guarde alguna sorpresa, y de aquí que los italianos vacilen antes de arrojar el grueso de su ejército hacia el E.

Como las fronteras del Trentino favorecen, por lo general, a Austria, consideran los italianos como primera labor la de cerrar fuertemente las entradas que desde aquella provincia abren en Italia, y de ahí las operaciones en los pasos de Stelvio y Tonale, en los valles de Camonica y Giudicaria, en el lago de Garda y en los montes del S. del Adige. Una tentativa sería, sin reparar en sacrificios, para conquistar el Trentino, o por lo menos su parte meridional, no la han ejecutado, y es muy posible que cuando la acometan sea demasiado tarde. Los últimos partes indican una cierta tendencia a tomar la defensiva en el Trentino, no porque los austriacos ataquen, sino con el objeto de impedir que más adelante traten de desembocar por allí. Si esto es exacto, los italianos están perdiendo una ocasión preciosa para llevar la guerra a feliz término. Los peligros presuntos no se apartan con medidas de precaución, sino amenazando al enemigo y adquiriendo ventaja sobre él, porque

en la guerra, el que aguarda reconoce su inferioridad y abdica a favor del enemigo muchas probabilidades de victoria; sólo es loable la espera, la expectativa, en el caso de inferioridad manifiesta y evidente.

Una acción enérgica en el Trentino coronada por el éxito, hubiera permitido la ofensiva resuelta y principal en el Isonzo. La lentitud de las operaciones en aquél, ha traído aparejada la prudencia en éste. Desde Pontebba a Monfalcone, la línea del Isonzo está siendo atacada como una fortaleza; en lugar de hundirla en un solo punto para maniobrar después a uno y otro lado, se la expugna en todo su desarrollo y se avanza paso a paso. El método, que economiza sangre y esfuerzos por el pronto, sería plausible si los austriacos se encontrasen en Galicia en la apurada situación de hace dos meses; por desgracia para los italianos, la posición de Austria mejora de día en día, y si no se tuercen las operaciones en Rusia, pronto llegarán al teatro meridional huestes aguerridas de refuerzo.

No sé lo que acontecerá más adelante; hasta el presente momento, la campaña austro-italiana es un reflejo de la actual en Francia, sin ningún parecido con las de Rusia y las de agosto y septiembre en el teatro occidental. Mas si la guerra de posiciones y trincheras en Francia se justifica por la debilidad numérica de uno de los dos bandos y el agotamiento del otro, en la frontera del S. la inferioridad material y la pérdida de energías se encuentran en el campo austriaco, gozando el italiano de las ventajas del número y de la integridad de las fuerzas. Habiendo ido libre y espontáneamente a la guerra, en el momento y ocasión que mejor le ha parecido, era de esperar por parte de Italia una ejecución muchísimo más vigorosa y resuelta. Algún motivo debe haber para que sea lo contrario; tardaremos en saberlo, aunque presumo que obedece a razones de orden ajeno al estrictamente militar.

Como quiera, a los veintisiete días de declarada la guerra, los italianos han ocupado posiciones en las montañas fronterizas sin entrar en territorio enemigo, han llegado hasta Ala en el valle del Adige y se han acercado al Isonzo, cruzándolo cerca de su desembocadura en el mar. En igual lapso de tiempo, los alemanes se apoderaron de más de la mitad de Bélgica, rindieron algunas plazas fuertes, derrotaron a los franceses e ingleses en el N. y a los primeros en Lorena y Alsacia, y se internaron en Francia; y los rusos ocuparon la mitad de la Prusia Oriental, se acercaron a Thorn, derrotaron a los austriacos y se extendieron por Galicia. De la comparación no resultan muy favorecidos los italianos, menos aún recordando que las fuerzas de los beligerantes estaban intactas el 4 de agosto, mientras que ahora las austriacas se encuentran quebrantadas y empeñadas en otra guerra.

Según los partes oficiales italianos, la situación en este momento es la siguiente. En el Trentino, están dominando la región de Rovereto, de la cual población están muy próximos. Aparte de operaciones de detalle en los Alpes Cárnicos, una triple ofensiva se desenvuelve en la línea de Isonzo: Malborghetto está siendo bombardeado, para abrirse paso sobre Tarvis; desde Plezzo (Flitsch) y Caporetto (al N. O. de Tolmein), se dirige un ataque envolvente contra el Monte Nero (Hochkogel, en el

mapa número 37), que *parece* ha caído en poder de los italianos, con objeto de apoderarse de Tolmein y asegurar el avance por el S., y desde Cormons a Monfalcone (donde el invasor entró el día 9), se pronuncia el esfuerzo principal. Ateniéndome a estos hechos, que no confirman los partes austriacos, sorprende, en primer lugar, cómo han podido llegar los italianos hasta cerca de Rovereto, dejando a un lado los fuertes permanentes de Riva y Arco: en segundo lugar, si son dueños del Monte Nero, no se comprende que los austriacos continúen en el Isonzo al N. O. y S. O. de aquella posición; y si los italianos entraron en Monfalcone el día 9 y forzaron más al N. los pasos del Isonzo, resulta extraño que ni hayan atacado, envolviéndolas, las defensas de Gorz, ni la escuadra haya despachado una fuerte división para cubrir y apoyar, en el golfo de Trieste, el flanco derecho del ejército. Las cosas distan mucho de aparecer con claridad, y conviene acoger con reserva las noticias que llegan de este teatro de la guerra, sobre todo no estando garantizada su autenticidad.

V.—La situación el 19 de junio

Desde su derrota del 5 de junio, los aliados se mantienen a la defensiva en la punta de la península de Gallípoli. Han llegado y llegan todavía nuevos refuerzos a los Dardanelos, pero las operaciones en tierra han sido para los anglo-franceses un desengaño análogo al que tuvieron en el ataque por mar, el 18 de marzo.

Ocioso es hablar de las operaciones en el Cáucaso, nuevos incidentes, sin trascendencia, de esta gran guerra. Tampoco han ofrecido interés las operaciones en Francia; los ataques de los franceses, proseguidos durante seis semanas, han concluido como todos los empeños anteriores: tomando la ofensiva los alemanes e inmovilizando en sus líneas al adversario. Los ingleses apenas han dado señales de existencia, pero el fuego de la artillería alemana debe ser vivo y eficaz, porque las listas diarias de bajas, correspondientes al ejército expedicionario en Francia, son bastante elevadas; es de suponer que en las filas inglesas haya muchos elementos nuevos, desconocedores de los métodos de guerra que imperan en el teatro del O., por lo que sus pérdidas son mayores de lo que serían si se tratase de tropas experimentadas y aguerridas.

Todo el interés está en Oriente. Se advierte por los partes oficiales, que los rusos están desorientados, sin saber cuáles son los objetivos de los austro-alemanes, ni las fuerzas de los ejércitos, ni los movimientos de éstos.

Se combate, como siempre, en el Vindau, en el Dubissa y en el Niemen, hasta la región de Mariampol. Aunque no hay ventajas declaradas a favor de

nadie, la situación se va presentando más favorable a los alemanes que a los rusos. Aquellos han obligado a concentrar en el sector de Chaoli fuerzas enemigas importantes, pero, al mismo tiempo, se dibujan vagamente movimientos contra Kovno. A mi juicio, esta plaza está desempeñando ya un importante papel en la campaña y es una de las presas que ambicionan los alemanes; su conquista acarrearía grandes cambios en la situación de los rusos; por ahora, no obstante, no se hace más que ir preparando la labor para cuando los alemanes se encuentren en condiciones de acometerla con vigor. Chaoli y Kovno son los puntos más importantes de este teatro.

Ha habido acciones más o menos intensas en el Bobr, el Narev y el Vístula, al O. de Varsovia. No se ha ejecutado ningún ataque a fondo, pero los alemanes están demostrando que cuentan con fuerzas suficientes para aprovechar cualquier descuido o debilitación del adversario; también podría ser que por medio de esa iniciativa táctica, disimulen la flojedad de sus fuerzas materiales.

En Galizia, los rusos conservan la orilla izquierda o N. del Dniester, menos en la región inmediata a Besarabia, donde los austro-alemanes han cruzado el río y avanzan hacia el N. Para sostenerse en aquella orilla, menester fué que la masa principal del ejército ruso se concentrase al S., S. O. y S. E. de Lemberg, como he dicho ya en *crónicas* anteriores. Esta concentración contuvo a los ejércitos austro-alemanes del S. del Dniester, pero permitió al ejército austriaco y al alemán que operaban al N. de Przemyśl, ejecutar una maniobra habilísima contra el ala derecha rusa, situada en la región de Sinicava, que se enlazaba por su izquierda con las tropas al O. de Lemberg y se prolongaba por la derecha en el bajo San. Mackensen batió a esta ala, cogiéndole más de 40.000 prisioneros, y—a juzgar por las noticias recibidas—la ha roto en dos grupos: uno de ellos se bate hacia el O., perseguido por el vencedor, y el otro se repliega sobre Lemberg, sufriendo la acción enérgica de los austro-alemanes. De aquí se sigue que éstos han ocupado una posición al O. de Lemberg, muy amenazadora para esta plaza y, sobre todo, para el ejército principal, imprudentemente enviado a la línea del Dniester. Por extraño que parezca, los rusos todavía no se han dado cuenta, en el terreno de lo práctico, de la importancia que tienen los flancos, y más aún teniendo ante sí a fuerzas de gran capacidad maniobrera. La campaña de Galizia marcha rápidamente a su desenlace, si, como es de suponer, no cuenta ya Rusia con fuertes contingentes de refresco, intactos y dotados de abundante material.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

19 de junio 1915.